



Sobre Bajtin: una pasión lúcida*

Autor:
Iparraguirre, Sylvia

Revista:
Boletín de reseñas bibliográficas

1997, 5/6, 143-149



Artículo



SOBRE BAJTIN: UNA PASION LÚCIDA*

por Sylvia Iparraguirre

Hablar de este libro sobre Bajtín no implica, para mí, poner en juego ciertas aptitudes analíticas, sino hablar, quizás inesperadamente, desde el lugar de lo emocional; o si se quiere usar una antigua y hermosa palabra, desde lo *espiritual*. El libro de Elsa Drucaroff no es inocente en esto: el libro me conmovió. Es un libro escrito desde la lucidez, pero también desde la pasión. Respondo a ese estímulo de lectura porque la pasión es un elemento constitutivo primario del trabajo intelectual. Si sacamos la pasión queda sólo el frío análisis y la literatura lleva una carga demasiado intensa de vida y de muerte como para reducirla a un mero análisis. Por otra parte, la pasión por el trabajo intelectual es una de las lecciones bajtinianas por excelencia.

Leí el libro con una especie de urgencia en la que iba constatando aciertos. Cerré el libro y transcribo lo que pensé, lo que pienso: el libro de Elsa Drucaroff es notable desde el punto de vista teórico y desde el punto de vista práctico. Más todavía: me parece un libro brillante y creo que único en lo que yo conozco se ha publicado sobre Bajtín en español. Y quiero apresurarme a decirlo, antes de que venga consagrado "desde afuera" como, irónicamente, explica Elsa Drucaroff que sucede en Buenos Aires con ciertos libros de ficción en el capítulo "Mucho más que una teoría de la novela".

Amparada en estos sentimientos que trato, confusamente, de explicar, es que pido permiso a Elsa para hablar muy brevemente de mi relación con Bajtín. Me voy a tomar un momento para contar una experiencia que, de algún modo, culmina en esta tarde donde el propósito es hablar de Elsa Drucaroff y de su notable libro *Mijail*

* Texto leído en la presentación de Elsa Drucaroff, *Mijail Bajtín. La guerra de las culturas*, Buenos Aires, Editorial Almagesto, 1996, en el Instituto de Literatura Hispanoamericana, UBA, setiembre de 1996.

Bajtín. La guerra de las culturas. El intento es el de apuntalar una idea difusa, nada teórica y muy difícil de precisar: que ciertos bajtinianos nos reconocemos, tenemos experiencias parecidas o nos han pasado cosas equivalentes en el descubrimiento del pensamiento profundamente revulsivo y movilizador de Bajtín.

La escena, que ahora puede leerse como un acto fallido o como una escena del teatro del absurdo, se desarrolla en Olavarría, hacia fines de 1979, en una de las fábricas de Cemento Portland Loma Negra, propiedad de Amalia Lacroze de Fortabat. Estoy sentada en un gran despacho, después de haber pasado rigurosos controles de ingreso, intentando hacer una entrevista lingüística a un obrero; es un carretilero, del sector menos calificado de la pirámide posicional de la fábrica: el sector de base donde se procesa la cal. De antemano, tengo la clara noción del fracaso de la entrevista. El despacho es demasiado lujoso, inhibe. Entra el obrero que me mira desconfiado y perplejo. El gerente me dice que puedo comenzar, pero no se va; todo se desarrolla en cámara lenta, como en sordina. El gerente se sienta a unos pasos. Va a escuchar, es decir: deja claro que se queda a escuchar lo que hablo con el obrero. Finalmente le agradezco y me despido. Puedo tirar tranquilamente el cassette. Esa presión no sirve para una encuesta sociolingüística que necesita un porcentaje muy alto de espontaneidad para que sea válida.

Durante un año y medio viajé a Olavarría, grabé mozos de bar, trabajadores rurales, empleados de bancos, amas de casa y obreros del portland, hice encuestas, copié test inventados por Labov en EEUU y aplicados en Nueva York, inventé mis propias encuestas y finalmente escribí una tesis de doscientas treinta páginas sobre la incidencia del cambio socioeconómico en el abandono de un léxico utilitario rural por otro urbano industrial en Olavarría, provincia de Buenos Aires. Visto desde ahora, todo ese trabajo podría leerse, como dije, como un gran acto fallido. La sociología estaba prohibida en la época del proceso y la única profesora que me alentó en una facultad que era un páramo -Frida Weber de Kurlat- moriría un año después, con lo cual mi tesis no conseguiría nunca un padrino que se arriesgara a presentar a obreros hablando con un grabador. ¿Qué se escondía detrás de estas grabaciones? ¿una potencial subversiva?

Qué estaba buscando yo, de todos modos. Después de años de una Facultad centrada en un férreo estructuralismo, situada en el paradigma de la lengua, intuitivamente o por necesidad, me iba al otro extremo buscando algo que, en ese momento, era incapaz de formalizar: quería estudiar el habla, donde se moviera y cambiara, quería sacarle una radiografía al cambio lingüístico, quería trabajar con el hablante en la calle y en los cafés. Para 1982, año aciago para la Argentina, yo había quedado fuera de todo, eso sí con una tesis prolijamente guardada en un cajón

y el halo de "universitaria sospechosa". Es en ese momento cuando doy con un libro: *Estética de la creación verbal*, título que me gustó, de un desconocido: MB. No es el mejor libro para empezar con Bajtín, pero yo no lo sabía en ese momento. Lo leí desde la más absoluta ignorancia y con un apasionamiento que no recordaba haber tenido en los años de Facultad. El paso de la sociolingüística americana, un tanto mecanicista, a la sociología del lenguaje de Bajtín fue natural y extraordinariamente placentero: se pareció a estar nadando en un arroyo estrecho y pasar al océano. Hay una frase de Bajtín que me gusta citar: la casualidad es un modo de la necesidad. Lo casual es que diera con *Estética de la creación verbal* en una librería de Buenos Aires en un momento en el que me asfixiaba la necesidad. Conseguí, aquí y afuera, todos los libros de Bajtín y me sumergí en su lectura.

Todo esto confluye una tarde, de hace unos cuatro o cinco años, en que Ariel Bignami, el director de esta colección de Almagesto, vino a mi casa a proponernos a Abelardo Castillo y a mí que tomáramos algún autor que nos interesara tratar. Cuando vi Bajtín le dije que me gustaría hacerlo. Me contestó que ya se lo había asignado a una profesora: Elsa Drucaroff. Yo no conocía a Elsa entonces más que de nombre; hoy, después de leer el libro creo que fue otra manera más de la necesidad: quedó en las mejores manos y está inmejorablemente bien escrito.

Lo primero que se percibe con claridad es que Elsa habla desde *dentro* del pensamiento bajtiniano. Trataré de explicarlo. Durante bastante tiempo asistimos (uso el plural porque estoy segura de que es una experiencia compartida) a una diseminación epidérmica, léxica, "panbajtiniana", que causó, como todo abuso y como era de esperar, una reacción adversa tres o cuatro años más tarde: el hastío de Bajtín. En el primer caso, no había congreso, jornada o coloquio donde no estuvieran presentes las *carnavalizaciones*, los *dialogismos*, los *cronotopos* aquí y allá. Una voraz ansiedad por la aplicabilidad carcomía la lectura veloz de una obra que se intuía como una cantera de posibilidades, tentadora pero difícil de aprehender. Todo parecía pasible de "bajtinizarse". Ni qué decir de la literatura latinoamericana: todo era sincrético, carnavalesco, dialógico; los autores eran, a destajo, polifónicos o monológicos; he llegado a escuchar que una novela era altamente polifónica porque tenía muchos personajes; inversamente, otra era petrificadamente monológica porque el autor se había quedado corto: sólo tres personajes. Lo último llevaría a una demostración por el absurdo: la guía telefónica constituiría un ejemplo extremo de polifonía, mientras que el monólogo de Molly Bloom sería, prácticamente, una roca. Como siempre pasa, pronto los decibeles bajaron: cuatro años más tarde de aquellos arrebatos, hablar de Bajtín tenía una marca fuertemente *demodé*. Si hubiera vivido en otro país tal vez hubiese tenido la ocasión de asombrarme por este paso de la cumbre al abismo; pero en el nuestro, no.

Sea como fuere, hoy las aguas ya se aquietaron y Bajtín ocupa, indiscutiblemente, un lugar central entre los pensadores de la literatura del siglo XX. Allí es donde lo sitúa, con esta vuelta de los años, el libro de Elsa Drucaroff: por un lado, desde esta posición indiscutible; por otro, desde el conocimiento profundo de la obra. Página tras página, el libro indaga, expone y pone a prueba para el lector una obra que es vasta, compleja, muchas veces de ardua y ambigua lectura. Pero, podrán decir, ¿se puede hablar de “profundo conocimiento” como un valor, cuando se supone que está sobreentendido en el concepto de responsabilidad intelectual al encarar la escritura de un texto de esta naturaleza? Digo enfáticamente que sí porque, así como hice una generalización caricaturesca del espolvoreo de términos bajtinianos, también he asistido a la simulación del conocimiento. Entonces, si lo primero fue la impronta de la pasión, lo segundo que quisiera señalar es la probidad intelectual que el libro demuestra y rebasa y que, para mí, como lectora, supone un valor agregado: el de la confiabilidad del texto, más allá de que existan o no posibles discrepancias. Hay una profunda honradez en el libro, hay una asumida responsabilidad intelectual, hay un verificable compromiso con su escritura y todo esto implica estar transmitiendo en su correcto sentido el pensamiento de Bajtín, ya que ética y responsabilidad son conceptos claves para entender la obra que nos convoca.

Mijaíl Mijailovich Bajtín nació el 16 de noviembre de 1895 en Orel. Vivió en el periodo más fecundo y revulsivo de la historia moderna de su país. Se formó intelectualmente en los fervorosos años previos y posteriores a la revolución de 1917. Se graduó en 1918 en la facultad de Historia y Filología de la Universidad de Petrogrado. Entre 1918 y 1924 su interés principal fue la filosofía neokantiana, Nietzsche y la fenomenología. Entre 1925 y 1929 afianzó la independencia de su pensamiento polemizando y dialogando con las corrientes intelectuales que estaban dando vuelta el legado del siglo XIX: las teorías de Freud, el marxismo soviético, la filosofía del lenguaje y el formalismo como método de análisis literario. Bajtín escribió en esos años: *Freudismo* (1927), *Marxismo y filosofía del lenguaje*, *El método formal en la crítica literaria* (1928), firmados por Voloshinov y Medvedev. En 1929 publica el primer libro con su nombre, *Problemas en la poética de Dostoievsky*. En los silenciados años del destierro siberiano, Bajtín desarrolla, desde diferentes puntos de vista, el tema que lo absorbería por completo: la investigación de las formas narrativas que, desde la antigüedad, fueron modelando el género novela. En esta dirección, Bajtín aporta la dimensión ideológica de la perspectiva en el análisis narratológico. Esta dimensión, al suponer que toda mirada es asimismo un valor, un juicio, una ideología, remite necesariamente a la relación entre la perspectiva y los sociolectos de carácter ideológico, político y moral, que convergen en el discurso narrativo. Esta polifonía presupone una

estilización del hablar y de las percepciones del "otro" y revela la dimensión ideológico moral de todo acto narrativo.

El pensamiento de Bajtín puede leerse como la refutación del prejuicio posiluminista de que sólo las categorías conceptuales netas, delimitadas, binarias, acceden al status de científicas. En este sentido, sorprende su anticipación al conflicto metodológico en que entrarían las ciencias sociales, pasada la mitad del siglo. Bajtín introduce y asume el desorden y postula las nociones de ambigüedad y de presuposición, demostrando que el pensamiento sistemático admite una articulación diferente e igualmente válida que el sistema tradicionalmente llamado científico. Frente a la dialéctica mecánica y a la rigidez dogmática, Bajtín enfatiza el diálogo, lo inconcluso, la historia. Su teoría de la novela pone a prueba la noción de ambivalencia, de bivocalidad del signo, poniendo junto aquello que es aparentemente incompatible y que inquieta al *establishment*, aferrado a la subordinación de lo "diferente" a lo "mismo". En definitiva, como a Martín Buber, en quien reconocía una de sus más profundas influencias, a Bajtín le interesaba dar respuesta a una pregunta que iba más allá de la formulación de una estética: "¿Qué es el hombre?" Como a Buber, no le interesó el hombre abstracto, monumental, hegeliano, sino el hombre que vive en sociedad, que se comunica, que escribe una novela y que se representa a sí mismo y a su mundo en ella. En definitiva, el existente, el hombre en acto; éste es el hombre que le preocupa a Bajtín. Si la autoría o la propiedad de una idea hubiesen sido tópicos que lo hubieran preocupado, podríamos decir que una de las innumerables facetas de este pensador fascinante, lector muy precoz de Kierkegaard, fue la de ser un existencialista *avant la lettre*. Pero a Bajtín poco o nada le preocupaba ser el propietario de una idea o su anticipador. "La verdad no nace ni se encuentra en la cabeza de un solo hombre sino que se origina *entre* los hombres que la buscan conjuntamente", escribió con claridad. Es decir, este "¿Qué es el hombre?" bajtiniano nos coloca en el lugar de otra pregunta: ¿cómo es el hombre constituido por signos cuyo estar en el mundo se organiza y establece a través del lenguaje? En el centro de esta epistemología o, si se quiere, de esta metafísica del lenguaje, está el YO-TU buberiano desde donde Bajtín irradia su teoría del otro, del dialogismo, del personaje, de la responsabilidad. La notable intuición de Bajtín fue proponer al pensamiento contemporáneo el par insoslayable del *homo faber*, el hombre que habla, que se comunica con sus semejantes y que mueve al mundo y a la historia por medio del formidable instrumento que él mismo creó. Hacia adentro, el lenguaje constituye su conciencia; hacia afuera, el lenguaje lo ubica en su dimensión social e histórica y, de sus obras de pensamiento y ficción, lo proyecta hacia el futuro.

En las primeras páginas de su biografía crítica, Clark y Holquist, cuentan una especie de chiste: el del sabio hindú ciego que tocando distintas partes de un elefante va dando diferentes definiciones del animal. Consideran que esto ocurre con las aproximaciones a la extensa obra bajtiniana y tienen razón: los alcances de la propuesta, la vastedad, son de índole tan diversa y compleja, que cada sector de la crítica podría adueñarse de una parte del pensamiento bajtiniano, de modo tal que lo que hoy entendemos por pragmática, pensamiento lacaniano, crítica cultural, sociología de la literatura, filosofía del lenguaje, estética histórica, estética de la recepción y, finalmente, filosofía de la cultura, todas estas áreas le deben algo o mucho a Bajtín. Algunos hasta los propios basamentos, como es el caso de la pragmática. Esta vastedad hace muy difícil el abordaje de la obra y, por supuesto, hace difícil la transmisión de este pensamiento sin empobrecerlo.

Me gustaría preguntarle después a Elsa cómo lo hizo, pero el hecho es que este libro expone, explica y ejemplifica de una manera intertextualizada y competente a Bajtín, de modo tal que se obtiene con su lectura una comprensión profunda de los problemas que abordó, los resultados que obtuvo y las consecuencias que generó.

Los que han leído esta obra saben lo difícil de una metodología de abordaje. El libro tiene, a mi modo de ver, un acierto fundamental que no todos los comentadores de Bajtín parecen advertir: no es posible comprender su teoría de la literatura y, en especial de la novela, y más allá, su teoría de la cultura, si no se empieza por su teoría del lenguaje. Cuando un lector comienza con Bajtín, la sensación que tiene es la de estar perdido en un bosque inmenso, un bosque por de pronto bastante enmarañado en algunos sectores; poco a poco el bosque va adquiriendo racionalidad, armonía, arquitectura. Hay un momento, casi de golpe, en el que entendemos la propuesta y nos asombran sus alcances. Esta coherencia sólo puede alcanzarse entendiendo en profundidad su filosofía del lenguaje y su teoría del enunciado. Partiendo precisamente de “Una teoría del lenguaje”, el primer capítulo, es que Elsa Drucaroff arma el gran edificio bajtiniano. “El signo es la arena de la lucha de clases”, sólo así es posible comprender la relación de Bajtín con su tiempo y con el marxismo de su tiempo. Elsa parte de la teoría del signo y del parricidio saussureano (parricidio necesario que deja intacta la dignidad del padre), cuyas implicancias generan toda la elaboración posterior de la teoría del enunciado: en la dicotomía lengua-habla, Bajtín elige lo aparentemente imposible, se sitúa en el habla, en lo que parecía acientífico, imposible de aprehender, ideología pura. Desde ese punto y en el capítulo “Una teoría de la ideología”, Elsa Drucaroff despeja el nuevo sentido que Bajtín otorga a la palabra “ideología”, que para el marxismo era sinónimo de “mala conciencia”, opiniéndola a “ciencia”, la portadora

de la verdad. Es, entonces, desde la teoría del lenguaje que Elsa desarrolla un capítulo notable: "Sobre el autor y el personaje: una teoría de las relaciones humanas", intertextualizándolo con Benveniste y la semiótica literaria, demostrando de qué modo Bajtín planteaba el problema unos cuarenta años antes.

El Bajtín de Elsa Drucaroff está explicado y ejemplificado mediante una escritura que no elude el humor ni el desparpajo, lo que la hace viva, actual. Para ilustrar la presuposición Elsa recurre a una jubilada argentina; para ejemplificar los géneros discursivos acude a la televisión y rescata aquel "¿Como les va forros?" de Antonio Gasalla; para la carga y descarga de sentido, aquel "el que no salta es un militar", coreado en la Plaza de Mayo cuando cayó la dictadura. Los ejemplos son argentinos, de ahora, reconocibles y no hacen más que confirmar la vitalidad de un pensamiento que, si a algo se resiste, es a ser letra muerta. Es letra bien viva, atravesada por la vida, la historia, la ideología.

En estos años falazmente a-ideológicos, en los que la predicción de Francis Fukuyama acerca del "fin de la historia" ha sido largamente rebatida por la propia realidad -no la realidad virtual, sino la realidad real de países como el nuestro-; tras esta falsa apariencia de desideologización se oculta una de las ideologías más feroces: la del mercado neoliberal, de la cual nosotros, insignificantes, ni siquiera somos productores o modificadores sino, a lo sumo, meros comentaristas. Hoy, tal vez, y para los que les interese, más que nunca, se revaloriza el instrumento filosófico que nos otorgó Bajtín para mirar la realidad y dentro de ella una de las conductas más constitutivas y complejas de los seres humanos: su conducta verbal. Decir que los medios, sobre todo la televisión, nos brindan de manera asfixiante pruebas lingüísticas de la ideología de este fin de siglo, sería hablar de una obviedad. Pero dejarnos atrapar por lo obvio es paralizarnos, que es siempre lo que persigue la ideología dominante. Cuando sorteamos esa obviedad narcótica, el fenómeno aparece en toda su apabullante complejidad y deja al desnudo las motivaciones ideológicas de los centros "formadores de opinión".

En este contexto, las ideas y los textos de Bajtín, tal como los de Dostoievsky, Cervantes, Rabelais o Joyce, son detonantes, suenan a exceso. La asociación surge sola. Esos escritores crearon mundos ficcionales inconclusos a los que cada época puede volver a entrar para leerlos (completarlos) desde su posición de lectura; la obra de Bajtín opera de la misma forma.

Agradezco a Elsa Drucaroff este libro que viene a instalar, brillantemente, en el medio de la escena, este pensamiento poderoso y seguramente necesario.